

3
29.



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**

**ESCUELA NACIONAL DE ARTES PLASTICAS
DIVISION DE ESTUDIOS DE POSGRADO**

**MANUSCRITO SOBRE LA CREACION
CARNE POR PRINCIPIO**

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRO EN ARTES VISUALES
P R E S E N T A :
CARLOS MARTINEZ BARRAGAN

Director: Carlos Blás Galindo

México, D. F.

1993

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Contenido.

Inscripción.	<i>3</i>
Manuscrito sobre la Creación:	
Creación y humanidad.	<i>6</i>
La Creación de la de la Obra de Arte.	<i>25</i>
La Pintura.	<i>33</i>
Came por Principio:	
I	<i>41</i>
II	<i>49</i>
III	<i>80</i>
Bibliografía.	<i>92</i>

Inscripción.

Las improvisaciones no resultan siempre
tan aleatorias como los límites de las
formas que las presentan.

No siempre la certidumbre, también,
contienen la coherencia de los signos construídos.
Y rara vez se tocan las cosas que se nombran.

Y aún así, con esta opulenta indiferencia,
con este acercarse apenas, he construído y formado
las cosas que te nombran.

A través de estos rasgos, lluvia que cae
lentamente a la tierra, presente desleído,
recorro lo medrado mutuamente.

Mis erectas rosas se dirigen a tu elocuente mano abierta.
Todos tus gemidos llenan este espacio entregado al sueño,
y la vigilia te responde.

Es esto, Patricia, lo que celebra la libertad:
La ilusoria posesión de nuestro pasado.
Y sin embargo, todo esto ya te pertenece.

Manuscrito sobre la Creación.

Creación y humanidad.

“Pregunte al cielo, al sol, a la luna, a las estrellas: “Tampoco somos el Dios que buscas”, me dijeron. Y pregunte a todas aquellas cosas que rodean las puertas de mi carne: “habladme de mi Dios que vosotras no sois; decidme algo de “El”. Y clamaron con gran voz: “El es quien nos ha hecho”. “Mi mirada era mi pregunta, y su respuesta, su apariencia”.

San Agustín.

Con flores escribes, Dador de la vida,
con cantos das color,
con cantos sombreas
a los que han de vivir en la tierra.
Después destruirás a águilas y tigres,
sólo en tu libro de pinturas vivimos,
aquí sobre la tierra.
Con tinta negra borrarás
lo que fue la hermandad
la comunidad, la nobleza.
Tú sombreas a los que han de vivir en la tierra.

Nezahualcóyotl.

Una pequeña mirada, mirada de introspección o de extroversión, nos revela de forma inmediata y poderosa a la Creación. Creación que envuelve completamente al todo. Creación que encierra a la nada, no con la envoltura limitada sino con el fundamento absoluto e infinito. Es la manifestación dual de la existencia y la no existencia. Ante el portento del absoluto, ante la Creación, ¿cómo proceder para intentar siquiera atisbar en ella?. ¿Qué finalidad podría tener este intento de descripción?

Sólo por una consideración personal, que no tiene intenciones metodológicas, comenzaré por señalar las manifestaciones de la creación.

Ya sea por el hecho del cuestionamiento, o por los datos cognoscibles de su manifestación, el "Ser" es el dato inicial. El ser como existencia, como referencia tangible a los sentidos y a la racionalidad humana encierra la certidumbre de "Ser Creado". Las formas en las que este ser creado se manifiestan son de una naturaleza infinita y rica en variantes. La riqueza de su manifestación es una de las partes constitutivas del absoluto. ¿Cómo podría pensarse un un absoluto finito, restringido a una sólo sustancia invariable? Lo infinito de su riqueza radica en la capacidad de la Creación de absorber todas, absolutamente todas las posibilidades de manifestación.

Este carácter de variabilidad continua impone el sentido de absoluto e irreductible a la esencia permanente de la Creación.

Variación continua y absoluta. Lo relativo de la variación sólo encuentra su verdadero sentido cuando se aproxima al irreductible carácter absoluto.

La variación continua se expone en la diversidad del ser creado, no como pasos lineales hacia una concreción y síntesis; no se dirige a la invariabilidad o estabilidad pasiva, se desarrolla a través de estados conectados, todos a la vez, en una continua movilidad que se origina a sí misma. Los seres individuales son estados cambiantes de la totalidad.

El ser creado, que es manifestación de la Creación, no engloba a ésta, aunque en cada ser individual se encuentre toda la potencia de la variabilidad y riqueza absoluta de la Creación. En el ser creado aparecen los lazos que conectan todos los momentos de la infinidad. Lo infinito es también manifestación de la Creación y, lo es también, manifestación del ser creado. Infinidad que no se reduce a sí misma en el valor absoluto. Infinidad de posibilidades absolutas. Los conceptos desafortunadamente no la abarcan. Pero éstos como manifestación del ser creado contiene también los lazos que se conectan con ella.

Cada una de las características de la infinidad absoluta de la Creación,

manifestadas en el ser creado, contiene toda su potencia, sin que esto sea una reducción que impida a cada una de ellas actuar como independientes ya que hay unidad a través de conexiones infinitas que mantienen la movilidad perenne. Unidad en la diversidad.

En este ser creado interviene dos elementos que imprimen la característica de momento específico de la variabilidad: El espacio y el tiempo. El ser como existencia nos conduce a la forma como corporeidad, aunque no en el sentido de materialidad. La riqueza de manifestación de la Creación incluye la infinidad de formas corpóreas; así es corporeidad la materia como también su conciencia de sí misma y de inclusión en la Totalidad.

El espacio es la intimidad formal de la corporeidad. Es intimidad porque nunca es proyección exterior, aún de que su concreción sea determinada por la relación con otras intimidades. Así, el espacio se extiende al mismo tiempo que concreta a todo cuerpo existente. La división de la materia nos ha permitido observar que el espacio relativo se conecta en una extensión infinita sin dejar a la deriva a ningún cuerpo existente. Todo se contiene en él, en una especie de ordenamiento arbitrario e indiferente. Y ya que todo podría indicar que en este espacio infinito, los cuerpos se derramarían del mismo modo, la característica de intimidad formal mantiene la unidad corpórea dentro de la diversidad de relaciones con otros cuerpos.

Gracias a esta intimidad, la corporeidad se concreta estableciendo así individuos conectados entre sí, ligados a la extensión en una unidad dinámica.

Así el espacio, al igual que el tiempo, se establece en un marco de relatividad gracias a la dinamicidad que le imprime la infinidad.

Si el espacio es la intimidad formal del ser creado, el tiempo es su intimidad de duración existente. Este tiempo íntimo, perteneciente intrínsecamente al ser es, dentro de su carácter relativo, el que precisa al ser como momento dinámico de la totalidad, como ser de duración en cambio constante. Esta duración es la que le imprime un carácter de individuo a la corporeidad. Individuos que duran en un tiempo infinito. La dinamicidad de lo relativo del

tiempo es en realidad su carácter infinito. Así el ser creado en su duración es infinito igualmente. Sin embargo, el momento, el instante es el que realiza a los individuos que no tienen carácter infinito como tales, es decir, el momento que tiene características individuales, y como parte de la infinitud la contiene, pero no se expresa de esa forma, sino como relativo, móvil y cambiante, y en ello se expresa su infinitud.

Así, la concreción de individuos, establecidos como tales, es la duración del momento de la variación.

Por esto, la duración de ciertos individuos o momentos, son casi un suspiro en relación con la duración o momentos de otros y así hasta el infinito que contiene el momento de duración eterna.

Los seres individuales, los momentos de la variación, a su vez están constituidos por otros individuos que manifiestan momentos diferentes, diferentes en duración. Los lazos que mantienen la unidad de la diversidad del tiempo y del espacio, son la voluntad creadora de la Totalidad que se reproduce y mantiene así misma. Tal vez por esto, la característica de variabilidad constante sea la que permita esta voluntad permanente. Tal vez sea que a partir de la riqueza de manifestaciones, la totalidad mantenga su estado absoluto. Voluntad de creación.

Voluntad intrínseca a la Creación. Creación y Voluntad como forma única de manifestación. Así todo el ser es voluntad de ser por sí mismo. No existe una voluntad exterior a la Creación. En este caso, la Creación sería el efecto de una causa más fuerte, más absoluta. Esta voluntad exterior le daría un carácter de limitado y finito a la Creación y al ser creado. Lo dinámico se convertiría en estático y la riqueza de manifestación en esencia única e inmóvil. La Creación sería un efecto de la voluntad exterior y como efecto tendría carácter reductible. Este aspecto de reductible indica que en la Creación por voluntad exterior, no podría identificarse la potencia que crea en su creación, porque la Creación como efecto sería limitada por la voluntad creadora que sería ilimitada y absoluta, aunque esas características absolutas serían a la vez, reductibles por voluntad, reduciéndose igualmente una voluntad externa a la Creación supondría una

determinación absurda incompatible con la esencia de una voluntad infinitamente creadora. Las determinaciones de esta naturaleza restringirían la voluntad suprema, forma que no establece su potencia sino más bien su impotencia. Las determinaciones que se observan dentro de la Creación, Creación como absoluto e idéntica a la voluntad creadora, es sólo otra de las manifestaciones de su potencia infinita.

Determinación sufre, si así se puede llamar, los momentos de la variación perenne. Estas determinaciones evidencian los lazos comunicantes de todos los momentos del ser creado. Así, las determinaciones proyectan la capacidad de relación entre la Creación y su voluntad. Las determinaciones que generan los diversos momentos del ser, manifiestan la unidad en la diversidad. Las determinaciones no reducen la potencia del acto de ser, sino que ayudan a mantener la cohesión de la infinidad de momentos de duración y corpóreos. Sin estas determinaciones, sin esta posibilidad de unión y separación, el ser creado renunciaría a la voluntad creadora, reduciendo su naturaleza a única e inmóvil. La Creación así concebida es posible tomando en cuenta su carácter de infinito, sin embargo, éste carácter no se reduce a sí mismo, sino que se potencializa por sus caracteres intrínsecos. Lo finito no reduce lo infinito.

Así las determinaciones potencian la capacidad de relación del ser en sus diversos momentos. Relación de variantes extensas que mantienen su carácter irreductible.

Sólo los momentos del ser son factibles de determinación, ya que sólo los momentos manifiestan corporeidad y duración. De esto se produce la siguiente idea: La Creación no tiene extensión ni tiempo. La Creación no se ha creado ni se creará. La Creación no se establece en un sólo lugar o en un sólo cuerpo. La Creación es siempre en acto y manifestación de tiempos infinitos comunicados totalmente, no por una voluntad exterior, sino por la capacidad de movilidad de los momentos. El ser creado presenta características inmanentes irreductibles. La voluntad creadora es Creación sin distinción. La dinamicidad perenne es Creación. La manifestación de momentos infinitos es Creación. El ser creado es

Creación. Causa eterna de sí misma. Por estas características la Creación no manifiesta interés, finalidad, utilidad u otras afecciones singulares humanas, aunque estas como manifestación del ser creado, contienen las características de la Creación. En este caso, la posibilidad infinita de la Creación abarca este tipo de conceptos sin que en ello aparezca contradicción alguna. Esto se explica por el carácter irreductible de la Creación. Cada una de estas afecciones de los momentos del ser no reducen a la Creación, no la contienen ni la potencializan. La Creación no tiene una finalidad; ni la Creación de sí misma es una finalidad. No es útil ya que utilidad sin finalidad no es posible. Ningún interés le afecta porque su infinita posibilidad lo abarca todo. Por lo tanto, en la Creación existen todas las afecciones como posibilidad, sin que se reduzca a ninguna de ellas trascendiéndolas continuamente. Y así como las afecciones no la abarcan o determinan, las características singulares del momento del ser son sus posibilidades. La conciencia, como característica del momento del ser creado tampoco reduce a la Creación. La razón puede tratar de explicar a la Creación sin que esto signifique que la Creación sea pensante o que su sustancia sea pensante o conciente. Su carácter de irreductible trasciende a todas las posibilidades de existencia del ser creado.

Ahora bien, la movilidad perenne, la extensión infinita como características inmanentes de la Creación pueden formar un concepto de estaticidad y finitud. Un movimiento constante se convierte en una estaticidad constante. Una extensión que se abre a cada instante en un movimiento estático marca fines determinados. Sólo a partir de su manifestación en momentos del ser creado, la movilidad eterna se potencializa por su carácter dual. En un espacio infinito la corporeidad del momento potencializa el carácter de irreductible a la Creación. Movimiento perenne que se manifiesta en momentos individuales. Infinidad de cuerpos individuales. Creación perenne de sí misma. Absoluto en dualismo misterioso. La Creación

Fuera de la Creación no hay posibilidad. Sin embargo, las palabras no como negación y hay como posibilidad de existencia, o sea negación de existencia, indican que la Creación en realidad si puede reducirse a la existencia. Fuera de ella, o sea existencia o creación, no hay posibilidad.

¡Pero claro que la hay! Lo irreductible se presenta también ante esta posibilidad. Al principio de este capítulo señalaba la característica dual de existencia y no existencia.

Por una parte la existencia no contiene aquí un carácter positivo, es decir, la existencia no es la finalidad de la Creación, no se reproduce a sí misma sólo en la existencia, aunque sea manifestación suya. La Creación como infinidad de posibilidades encierra la capacidad de no existencia, que no es No Creación. Fuera de los parámetros de lo que se nos presenta como existencia, la posibilidad de no existir se hace presente en cada momento. Esta posibilidad no esta contenida en la movilidad perenne de los momentos del ser creado. Éste, como cuerpo en duración, se convierte en otro cuerpo en duración en cambio infinito. Y no es este paso, de cuerpo en cuerpo, lo que quiere decir el no existir. La proposición de la relatividad que explica que la energía no se destruye, sólo se transforma habla de ese paso de momentos en momentos, habla sólo de la existencia. La no existencia se presenta como cualidad oculta del ser creado. No es manifestación del momento. No es cognosible a través sólo de los datos de la existencia. La no existencia se abre en otras posibilidades en infinidad absoluta no como otra Creación sino como otra de sus posibilidades. Creación de no existencia. Y ya que nombrar esta posibilidad es usar la existencia y ya que por esta última no hay posibilidad de llegar a la no existencia, los términos se vuelven vacíos y contradictorios. Para tratar de llegar a siquiera indicar esta posibilidad de la Creación empezaré a utilizar, aunque desde el principio de esta introducción lo estoy haciendo, las posibilidades del momento de ser creador humano. No hay otra forma de acercarse a nada sino a través de las características de nuestro momento de corporeidad y duración. Y esto es lo que hace toda la humanidad. Así la Creación es Creación humanizada con la certeza de que

esto no reduce a ninguno de los dos, y asumiendo cabalmente que el segundo no abarca al primero. Digo Creación humanizada por especificar objetivamente que a ella la estamos conociendo como lo hace la humanidad, sin otra posibilidad. Determinación que permite conectarnos con otros momentos, otros humanos, con lo que nos rodea. Determinación que potencializa nuestro conocimiento. Y a través de este conocimiento humano existe la posibilidad de intuir la no existencia. Es la intuición una de las maneras más comunes a los hombres de tocar la no existencia. Como no tenemos ninguna referencia para entenderla debemos utilizar todos los elementos de la existencia para potencializar nuestro conocimiento hacia ese paso que nos ofrece la negación. Esa negación es parte integrante de la Creación y esta presente en forma infinita. Pero como ésta no tiene carácter reductible, tanto la existencia como la no existencia, aunque forman el todo, no se contienen mutuamente en forma indiferenciada. Si bien, la Creación estaba siempre ligada a la existencia como forma sinónima y por ello fuera de la existencia no había otra posibilidad, esta concepción surgía de que la no existencia se presenta como contingente dentro de la existencia. Sin embargo el momento de ser creador humano tiene la capacidad de entrar en la no existencia a través de sus determinaciones, a través de sus características.

El ser humano ha sido definido y diferenciado de otros seres por su cualidad racional. Por la razón el hombre puede conocer y por ello tener conciencia de sí mismo. Por la razón los datos de la existencia pueden ofrecer una manera óptima de mantener la duración de su momento. Por la razón la Creación se conoce. Por la razón, podemos comunicar nuestra experiencia de existencia. Sin embargo a través de la razón no se puede entrar a las relaciones infinitas y absolutas de la Creación. Todas estas palabras no definen las características de la Creación, ni tampoco de la existencia. El ser humano que es racional por definición de sí mismo, es el ser humano que por su definición ha reducido su carácter de infinito como momento del ser creado. La racionalidad además, impuestas a las características de la Creación es simplemente un espejo humani

zado y una de las formas de evidenciar esta actitud es la de tratar de llegar por medio de la razón a la explicación de la existencia, intento hasta ahora incompleto o fallido, y la incapacidad de acercarse a la no existencia, si no es que antes por medio de su forma reducible, negar su posibilidad. Así el momento de ser creador humano podría mejor describirse y no definirse como capás de intuir y conocer la dualidad de la Creación en sí misma. La existencia y la no existencia, conocimiento al que se llega utilizando la totalidad manifiesta en el hombre. La experiencia de la existencia no sólo obtenida por la razón, involucra a los sentidos, a los sentimientos y a la capacidad volitiva. Todos ellos conectados en un mismo momento y gracias a ellos la cohesión de muchos individuos mantiene una duración específica. Así la vida como parte de la existencia, engloba estas partes que la constituyen: sentidos, sentimientos, racionalidad, voluntad. Todas ellas manifiestas en el ser humano, y sólo usándolas en forma completa, sin establecer jerarquías reduccionistas, el hombre puede llegar al conocimiento de sí mismo y al de la Creación en su manifestación dual e infinita. No hay otra posibilidad del momento del ser humano que el de utilizar sus capacidades al máximo para conocer su complejidad ya que al enfatizar sólo alguna de sus potencialidades reduce su conocimiento a una sólo forma, a una sólo característica que le ha llevado a plantear que la Creación puede reducirse a ella. Así la racionalidad, la han presentado como cualidad esencial de la Creación o de Dios. La misma idea de Dios es una forma de reducir a parámetros humanos la Totalidad, la Infinitud, la Creación. Así Dios es racional, o es amoroso o piadoso o hasta indiferente. Dios humanizado. Creación que reproduce las maneras en las que el hombre se establece en la existencia reduciéndolas a éstas. Pero la Creación, en su variación infinita es razón. Si, por supuesto que es razón, pero no sólo es razón al igual que es existencia sin que sólo sea existencia. Ninguna de las partes puede abarcar al todo, aunque estas partes manifiesten la potencia de la Totalidad. Carácter dual y dinámico de la Creación. Pero volviendo al punto de la no existencia, ¿cuál sería su manifestación en la existencia que abre la posibilidad de llegar a ella?

La muerte, la desaparición de la duración, la pérdida del sentido de intimidad formal, la terminación de la vida. Pero ¿no la muerte indica sólo un paso de un momento a otro siempre dentro de la existencia? Sí, como unión de momentos en cambio constante es sólo transformación en otros momentos. Pero aquí lo que interesa señalar es esa pérdida de la acción que ha llevado a la variación a la manifestación de vida, a la forma de existencia que puede conocerse a sí misma, a la existencia que por voluntad de la Creación se produce en una de sus posibilidades más maravillosas, la vida que surge no ya sólo como existencia sino como existencia potencialmente abierta a la no existencia, como potencialmente conciente de su totalidad e infinitud. Conciente de su Creación. Voluntad de Creación. Voluntad como potencia de obrar incesantemente. Voluntad sin coerciones ni determinaciones, sin ninguna finalidad que perseguir y que no se reduce a sí misma. Pero gracias a su potencia infinita, la Creación faculta al momento de ser creado en Ser Creador. La vida, la capacidad de crearse a sí misma a partir de una voluntad de creación contiene una de las manifestaciones más ricas en posibilidades. La vida que nace, se reproduce y muere mantiene conexiones con el ser creado, como forma indiferenciada, potencializado en el ser creador. Estas formas de realización del ser creador sólo manifiestan la posibilidad de variación de la Creación.

Estos tres estados generales de la vida(nacimiento, reproducción y muerte) no son una restricción, sino son la única forma de que la existencia de paso a la no existencia en una forma total. Sólo a partir de la vida, forma de la existencia, se puede entrar a la no existencia. Y la forma en que la vida posibilita este acceso no es a través de la razón, ni tampoco de los sentidos, o los sentimientos. Debe ser a partir de la utilización de todos con la cohesión de la Voluntad Creadora. Sólo de esta forma, la intuición de la no existencia, intuición de nuestra muerte, ofrece el portento de la Creación en su Totalidad. Sólo a partir de la intuición de nuestra muerte, la intuición de nuestra vida adquiere el carácter de Ser Creador, con voluntad creadora y con la capacidad de conocerse a sí misma. Hasta aquí dejaré de expresar la no existencia con la existencia y la

razón, aunque como parte del todo, la no existencia se esté nombrando siempre.

“Meditad, recordad la región del misterio:
allá su casa es; en verdad todos nos vamos
a donde están los descarnados, todos nosotros los hombres,
nuestros corazones irán a conocer su rostro.

¿Qué meditaís, que recordáis, amigos míos?

¡Ya nada mediteis!

A nuestro lado brotan las flores:
sólo así da placer a los hombres el dador de vida.

Todos si meditamos, si recordamos,
nos entristecemos aquí.

Todos, oh príncipes, todos con dolor y angustia
queden adoctrinados.

Meditadlo, oh príncipes de huexotzinco:
¡aunque fuera de jade, aunque fuera de oro
también habrá de ir a donde están los descarnados.

También habrá de ir a la región del misterio:

Todos pereceremos, no quedará ninguno!

Anónimo náhuatl

La humanidad que se pregunta acerca de su existencia y su destino es la única humanidad posible. Determinación visionaria que hace posible el conocimiento.

Determinación dolorosa y angustiante al mismo tiempo que vivificadora. Ya había mencionado que el ser humano es un estado corpóreo, en duración de la variación infinita de la existencia. Este estado como hecho singular contiene características específicas que la determinan en su relación con otros momentos

de la existencia. A través de la descripción de estas características singulares, el ser humano ha podido dar respuestas a sus inquietudes más profundas. Para la filosofía clásica y gran parte de la filosofía que se ha desarrollado en el occidente, la característica por la que es definible el ser humano es la capacidad de la razón, y de ella la conciencia se deriva como cualidad humana superlativa. Así, la conciencia es conciencia racional que puede diferenciarse de los otros individuos de la Creación gracias a la posibilidad de crear todo un complejo sistema abstracto de pensamiento que involucra una serie de condiciones que hasta ahora no ha sido capás de responder totalmente. Sin embargo, hay una ponderación por esta cualidad sobre las otras contraponiéndolas muchas veces. Así, las diferencias de alma y cuerpo han surgido a lo largo de la historia en ocasiones en completa confrontación, subordinando la corporeidad a la racionalidad. Por esta jerarquía de la razón, la Naturaleza, Dios o la Creación u otro término de lo que nos sobrepasa, tiene también la característica de racionalidad y racionio. Así, Dios es cosa pensante que se piensa sí mismo, o la Naturaleza expresa racionalidad en su orden determinado que es cognoscible a través de procesos racionales. Por lo que la Naturaleza debe poseer esta cualidad ya que por ella se explica y manifiesta. En el cristianismo, la idea de la creación del ser humano a imagen y semejanza de Dios pondera el carácter racional como especificidad del hombre y por ello Dios es el pensamiento racional absoluto y perfecto. Y podríamos mencionar una serie de definiciones del ser humano que contengan la cualidad racional como la diferencia contundente con otros seres individuales, ya sean vivientes o no. Y todas estas concepciones son ciertas; la razón es característica diferencial del ser humano, más sin embargo no es sólo ella lo que hace al hombre Ser Humano. Como ser creador, esto es, momento del ser creado que en su variación manifiesta la capacidad de vida, contiene todas las características de los seres vivientes y más. Pero este más, que podríamos llamar razón, no es posible separarlo de las otras características sin llegar a un reduccionismo artificial. Esto sería como decir que las posibilidades de sentimientos y sensaciones, al igual que las voliciones en el

hombre no son constitutivas del ser humano y que una de las partes incluye al todo. Decir que el hombre es pensamiento y que a él se dirige sería admitir que el hombre es una entidad completamente diferente a nosotros. El hombre se diferencia a partir de la potencia de la variación de la Creación, es decir, la riqueza de manifestación del hombre, gracias a su razón en intimidad con la sensación, con el sentimiento y con la voluntad es más amplia que otros seres individuales. Habiendo indicado cuales son las determinaciones del ser humano, pasaré a explicar qué es lo que digo con sensación, sentimiento y voluntad. La razón es un tema analizado en forma tan vasta que haré sólo algunas consideraciones en relación con las otras características.

Cuando la Creación se manifiesta en el Ser Creador, esto es, en un ser viviente, sus posibilidades de manifestación se potencializan para que esa potencia, tanto en duración como en corporeidad, se reproduzca a sí misma. Esto no indica que la finalidad de la Creación sea la de producir al Ser Creador o viviente. Sólo se indica que la Creación se manifiesta en la forma más rica como característica absoluta e infinita. Así, cuando en la variación aparece la vida, su capacidad de reproducción de sí misma potencializa una riqueza de manifestación de duración y corporeidad que conduce a más riqueza y complejidad. Así, la sensación es la manifestación de corporeidad y duración que experimenta otra corporeidad y duración. La sensación ofrece una determinación en su sentido más amplio. Conecta momentos de la variabilidad que se dirigen a su propia Creación.

Aquí, en este punto quisiera hacer un paréntesis necesario. Antes hablé que la única forma de conocimiento era la de conocimiento humano, y digo la única ya que la unidad de nuestro ser determina nuestro conocimiento. Así que al hablar de sensación, aunque los experimentos científicos nos hablen de que las bacterias sufren modificaciones interiores por efectos exteriores, ese dato no garantiza, en lo absoluto, que ese acto de las bacterias sean sensaciones. La causalidad, esto es en el ejemplo anterior, el resultado de acciones exteriores en la bacteria podrían tener una naturaleza completamente diferente de lo que

hemos conceptualizado como sensación. Sólo nos queda creer que nuestro conocimiento puede acercarse a otros individuos de una manera semejante como a nosotros mismos. Esta actitud de creer, esta fe en nuestro conocimiento es manifestación de la relatividad de la Creación unificada dentro de Ella misma. Sólo por este acto de fe, no nos hemos derrotado ante la imposibilidad. Creer es conocer y viceversa.

Sensación es la conexión con otros individuos, con otros momentos. Y ya que los momentos contienen un carácter íntimo, las sensaciones aparecen y se concretan en cada individuo viviente. La sensación ocurre en la exterioridad y se manifiesta en la interioridad. De ésta determinación, de ésta conexión que posibilita al ser creador a su manifestación, esto es, a la creación de sí mismo, se conduce a una complejidad más vasta, no sólo en relaciones sino en cualidad de relaciones. De la relación por sensación el ser creador obtiene la revelación de su determinación, y que por ello, por medio de esta revelación, su manifestación se dirige a la variación más rica posible. Ante la sensación de otros momentos, se puede discernir a través de la interioridad de la sensación a la unificación por similitud. Así aunque los seres vivos se relacionen con otros momentos sólo existentes, la sensación opta por la sensación más rica en variantes como forma que potencializa sus propias características. Por ello los individuos vivos forman conjuntos complejos que garantizan la reproducción de sus mismas complejidades en una dirección que no es lineal, esto es, no se dirige a una forma más compleja para reducirse a ella, sino que el mismo momento de ser creador es el que se lleva a sí mismo a la relación más compleja posible. Cada conjunto de individuos vivos u organismos, se agrupan en sistemas cada vez más complejos, la sólo sensación no es ya la determinación que potencialize su manifestación. Así es que la sensación se convierte en multiplicidad de sensaciones que llevan al conjunto a unificarlas en una sólo sensación más rica y que a la vez mantenga su revelación de unión. Esta sensación múltiple unificada en otra revelación, revelación de conjunto de sensaciones, de seres vivos, es lo que conduce al sentimiento. Así, el sentimiento es la determi-

nación por la que el conjunto se conecta a otros conjuntos de seres individuales (momentos del ser creado, momentos del ser creador, conjuntos de seres creadores) que a su vez se conectan en variantes infinitas. Ante la complejidad de determinaciones, los organismos unifican todos estos datos sensoriales en unidades sentimentales. Estas unidades sentimentales se conforman como tales por la naturaleza de la Creación dirigida hacia la forma más rica posible, manifestando su carácter infinito. Los sentimientos son las unidades sensoriales del conjunto de individuos vivientes que por similitud de sensaciones intrínsecas, han optado por el conjunto para potencializar su manifestación. Estas unidades llevan a su vez al conjunto, ya constituido como tal a potencializar su manifestación: la creación de sí mismo, o sea, como conjunto.

Así es como el sentimiento garantiza al organismo la capacidad de creación, ya que sin el sentimiento, la infinidad de variantes volverían en contingentes a los organismos. Ahora bien, ¿en qué momento el conjunto de seres vivientes llega al sentimiento? La idea de conjunto indica la necesidad de pluralidad y ésta, aunque presente en todos los seres creados, supone la unión de seres básicos vivientes. Pero la pluralidad debe optar por la mayor diversidad y riqueza y sólo por este parámetro podemos indicar la posibilidad de sentir a partir de las sensaciones. Por los sentimientos, los organismos dicen fundamentalmente la posibilidad de potencializar y mantener su forma individual o la posibilidad de no existencia. Sentir equivaldría a decir sobrevivir. Por ello los organismos optan por ciertas actitudes a partir de su intimidad de sensaciones, a partir de su intimidad sentimental. Esta forma de relación determinación evidencia una forma de conocimiento que lleva a la máxima manifestación de el potencial de la vida: la creación de sí mismo. Y así, dirigida a la diversidad más rica, los organismos forman conjuntos más complejos y diversos con las mismas direcciones que anteriormente he expuesto. De esta revelación determinación, los organismos producen, para potencializar su manifestación, otra forma que lo garantice. Así la unión de sentimientos íntimos junto a las demás conexiones (con otros sentimientos íntimos, con otros sentimientos ajenos, con

la multiplicidad de sensaciones íntimas y ajenas y con seres creados) hace que la diversidad se amplíe enormemente. Y del impulso por potencializar a los organismos, las sensaciones y sentidos agrupados generan la razón. Sólo a través de la razón, la diversidad de variación sigue su marcha indefinida.

La razón contiene las sensaciones de todos los cuerpos que constituyen al organismo, todos los sentimientos que se derivan de las sensaciones sin reducirlas, y la conciencia de ser un organismo capaz de pensar sobre todos ellos. Además este pensar racional íntimo, cuando se piensa a sí mismo, obtiene la revelación de sus conexiones determinaciones que le permiten pensar en el otro. De esta forma nace el sujeto y el objeto que anteriormente se indiferenciaban en la unidad de sensación o sentimiento íntimo. El sujeto es el organismo que se piensa a sí mismo, y aunque en esta medida, el objeto sea él mismo, el pensamiento crea así un concepto de tiempo y espacio específico en el que sucede su pensamiento. Por lo tanto, el objeto nace con su pensamiento, el sentimiento pensado de exterioridad aparece por vez primera ya que anteriormente, el carácter íntimo del sentimiento y las sensaciones imposibilitaban esta nueva forma de conexión. A través de la razón o pensamiento, el ser vivo no es contingente debido a su diversidad de manifestación y por lo mismo, la razón lo potencializa en forma aún más rica. Así la razón contiene a los sentimientos y a las sensaciones, pero no las reduce ya que sin ellas no tendría efecto su manifestación. Por lo tanto, este orden que es seguido para señalar las características del ser humano tiene un orden jerárquico, esto es, la razón contiene al sentimiento y a la sensación pero estas se siguen manifestando en toda su riqueza y en su valor individual. El ser pensante no deja de tener sensaciones y sentimientos, ya que de ser así, el pensamiento no existiría o sería otra forma de los organismos vivos completamente diferente de lo que es. Por esto, la razón o el pensamiento garantizan la potencialización del ser viviente para manifestar su riqueza de variación. De esta forma, la razón se dirige a mantener al ser vivo en su riqueza de conexión determinación posibilitándolo a su creación. Por lo cual he manifestado que el ser humano no es diferenciable sólo a través de su

característica racional, sino que es la conjunción de todas sus posibilidades de realización sin que esto tenga también un carácter jerárquico sin perder de vista que esta última manifestación, la del pensamiento, sea única de la especie humana. Ahora bien ¿cómo llega el organismo sentimental al organismo racional? Enunciaré sólo mi punto de vista, ya que tratar de exponer una definición excede mis capacidades y reduciría a un sólo enunciado la vasta complejidad de la Creación. Así, los pasos que llevan a la Creación a su diversidad son encubiertos, no manifiestos, misteriosos.

Por ello se acrecientan sus cualidades de absoluto e infinito. De tal suerte, decir que los organismos sentimentales se agrupan de tal forma que sus características intrínsecas los conduzcan a la mayor posibilidad y riqueza es decir muy poco, o en realidad nada ya que el misterio de esas derivaciones sigue ofreciéndonos una inmensidad indiferente que nos llevan a formular y formular las mismas preguntas que toda la humanidad se ha planteado. Tal vez esto sea también la manifestación del carácter irreductible de la Creación que se explica en el ser humano de la forma más rica posible. Esto nos conduce a un círculo angustioso, es cierto, pero ya que parece que no hay forma de llegar a nada y el absurdo, como forma de pensamiento, nos abate, surge la Voluntad del Hombre. La Voluntad es la potencia en sí del ser humano, para garantizar la forma más rica de existir y es esta Voluntad la que permite dirigir sus características hacia la expresión más rica de su naturaleza. Por la Voluntad el hombre resuelve dirigir sus pensamientos, sus sentimientos, sus sensaciones a la revelación de su ser y de la Creación. La Voluntad es intuición, es la fe que crea el conocimiento de sí mismo, es manifestación de Creación. Y esta Voluntad o intuición es la que permite atisbar o balbucir la Totalidad de la Creación. Es esta Voluntad la que conoce su carácter de finito como ser vivo y al mismo tiempo su carácter de infinito como ser creador. Y es la Voluntad intuición lo que nos permite conocer la no existencia, aunque sea de una forma tangencial. La Voluntad es la que toma todos los datos de las otras características -que hay que indicarlo, se dan en forma conjunta en la intimidad del ser, sin diferenciación y sin jerarquías- y

conduce al organismo a su potencia más rica. Por ello la Voluntad intuición se dirige a la Totalidad, a la no existencia siguiendo sus determinaciones como momento de la Creación; se dirige por fuerza íntima hacia la muerte permanentemente.

Estas características del ser humano están en todos los individuos de la especie; los grados en los que se presentan en cada ser individual responde a la variación en la unidad de la Voluntad Creadora. Y por estas variaciones, las determinaciones, esto es, las conexiones entre los hombres han creado diferencias culturales a veces contrapuestas unas con otras. Y porque en todos los hombres se encuentran estas características, potencialmente en todos existe la posibilidad de la manifestación más rica posible.

En potencia así es; es esta similitud la que ha llevado al hombre a declarar su igualdad como especie de ser viviente. Sin embargo, su riqueza de Voluntad intuición, que se desarrolla manteniendo una actitud dirigida a potencializar sus características manifiestas, es la que determina los niveles de potencia, niveles que se dirigen en mayor o menor medida a conocer la Totalidad. Esto pareciera ser un contrasentido ya que el ser viviente trata de mantenerse en sí mismo como duración y corporeidad, y al intentar llegar a la Totalidad, se dirige a la no existencia, a su no existencia, a la muerte. Mas sin embargo la Voluntad de intuición siempre se dirige a la Totalidad, a pesar de la reticencia de la existencia por su conservación. De estas consideraciones se pueden desarrollar los enunciados sobre el origen de las formas y actitudes que los seres humanos han tomado para potencializar sus manifestaciones. La moral, la religión, la política o la filosofía se puede nombrar de acuerdo a los postulados anteriores. Pero esta intención rebasa el alcance de este manuscrito que además está dirigido a una manifestación específica y creo que con lo anterior bastará para abordarla. Esta manifestación a la que me refiero es el arte, y en especial la pintura. A esto llevo la consideración de que la Voluntad intuición que se dirige a la Totalidad, abre un abismo infinito en donde la existencia se nos ofrece como un gran misterio sólo a partir del misterio de nuestra muerte, siempre propia.

La Creación de la Obra de Arte.

Habiendo expuesto ya los enunciados básicos de la Creación, en el título de este apartado queda por enunciar lo que es obra y lo que es arte. En primer lugar lo que es obra, es decir, lo que el ser creador ha manifestado a través de su potencia, es idéntica al ser creado. Así los momentos son obras. Este término indica que la obra tiene una finalidad y que se aparta de las cosas o de los cuerpos, llevándolas a una necesidad ulterior, esto es, a la utilidad como meta. ¿Finalidad de qué? Según los enunciados anteriores, todas las manifestaciones de la Creación contienen en sí mismas características de ella de una forma immanente y esencial. Y a través de ello he declarado su carácter de irreductible. Así las finalidades expresadas por la utilidad sólo serían lo que he llamado determinaciones conexiones. La utilidad, en este caso se podría señalar como la potencia de la manifestación del ser y sólo en esta forma la utilidad tendría un espacio en estos enunciados. Finalidad utilitaria que se abre en una infinidad de posibilidades llevando así a la finalidad y a la utilidad a una vasta complejidad y variación en la que no existirían parámetros específicos para discernirlas. Sin embargo, si optamos por la coincidencia de la utilidad como potencialización y no en otro sentido, la obra es útil. Pero no es útil por las decisiones externas a ella, todo lo contrario, la voluntad de ser como voluntad intrínseca sería la utilidad de expresarse por sí misma. Estos términos así presentan un problema circular. Y ya que pareciera ser que se confunden en una contraposición sin posibilidad de concreción, abordaré el problema con una perspectiva diferente para después retomar la dicotomía señalada.

Todas las manifestaciones del ser creador son creaciones por su voluntad intrínseca. Pero las manifestaciones del ser creador humano contienen una riqueza de variantes que permiten a las creaciones de él establecerse con características específicas que las diferencian de forma cualitativa de las creaciones del ser creador no humano y las del ser creado. Estas características aparecen como formas sutiles en las variantes del ser creado y del ser creador. Así es que las creaciones humanas no se diferencian de las otras por sus cualidades inmanentes o esenciales. Todas las creaciones se manifiestan en los momentos de la

variación absoluta. Y las creaciones humanas no escapan a esta determinación. Pero si todas las manifestaciones de la Creación mantienen una unidad en su existencia, ¿cuáles son las diferencias cualitativas que mencioné arriba? Ya que hemos determinado que el ser creador humano se potencializa a partir de su dirección a lo absoluto, sus creaciones son la manifestación en sí de esa potencia. Todas las creaciones humanas son en sí lo que posibilita a dirigirse a la Totalidad. Sólo de esta forma se pueden diferenciar de las otras creaciones que al mismo tiempo como seres determinados mantienen la unidad dentro de la diversidad a partir de sus características esenciales. Las creaciones humanas son los momentos del ser creado que por su Voluntad intuición le manifiestan su potencia y su conocimiento. Sólo a través de sus creaciones el hombre es conciente de sí gracias a la acción de la Voluntad intuición que se manifiesta en acto. Así, la concepción y la acción en conjunción con las sensaciones y los sentimientos se manifiestan en un mismo instante, esto es, en una misma duración y en un mismo cuerpo de la forma más rica posible. De esta forma, las creaciones humanas son revelaciones de sí mismas a partir de su concreción como ser individual determinado y conectado con el todo. Sólo así su capacidad de reproducción es diferente, voluntaria e intuitivamente diferente que la reproducción de otros seres vivos, sin que en ello se indique jerarquía. Así aunque en el hombre la Creación se manifieste en una de las formas más ricas, más ricas ante el hombre, ya el ser creado expresa esa riqueza de realización sin menoscabo de sí misma. Las jerarquías nacen a partir de las manifestaciones del ser humano que le exponen dentro de la diversidad, que en algunas de ellas las diferencias cualitativas, y siempre sutiles, permiten mayor riqueza. Así el hombre, por intuición se dirige hacia aquellas creaciones que le ofrescan la conciencia de su potencia de la forma más rica posible. De estas diferencias de riqueza se derivan las ideas de lo bueno; lo bueno como la potencia más rica que se genera a sí misma y lo malo que reduce por Voluntad esta característica. Por lo tanto la Voluntad intuición no aparece en el hombre como cualidad idéntica en todos los seres de la especie. La diversidad de la Creación aquí también

es presente y sólo aquel individuo que a partir de su característica como ser creador humano, por Voluntad e intuición actúe de la forma más rica posible, es el que logra producir creaciones que manifiesten su potencia en acto. De todo esto podemos indicar que la creación humana es su potencia en acto y de ello se deriva que ese acto es el hacer. El hacer así es lo mismo que el crear, crear humano por supuesto. El hacer como potencia en acto se expresa al igual que el ser creador, en determinaciones conexiones con la Creación por medio de la duración y la corporeidad.

De las determinaciones conexiones, el hacer se convierte en obrar, esto es, hacer es conectar la potencia en acto con la Creación y esto sólo es posible conectando al hacer con otros momentos de la variación absoluta que, digámoslo nuevamente, son los únicos posibles de determinación y conexión. Este hacer determinado es lo que llamaremos obrar. Obrar es crear obras, es la potencia en acto conectado y determinado con otros momentos. Es la única forma en la que la potencia en acto es en sí potencia (hacer) y acto (obrar). Es la unidad en la diversidad. Ahora bien, este crear obras es lo que posibilita a la conciencia a saber, saberse a sí misma en unión a la Creación, y de esta forma obrar y conciencia son dos y una sola. Pero las obras no son todas las mismas, de la misma forma que las conciencias no lo son también, y la diversidad aquí se manifiesta con la misma infinidad que en toda la Creación.

Esta diversidad crea en la conciencia la de saberse duradero y corpóreo, gracias a las determinaciones de estas características. Pero la conciencia es, como lo había indicado, obrar, y el ser humano al ser conciente de sí mismo es obrar de sí mismo. El ser humano es creación del ser humano al mismo tiempo que es Creación absoluta. Por ello, las obras que le permiten la posibilidad de concebirse como obra de sí mismo, son las que potencializan su manifestación. Y así como a partir de los conceptos de bueno y malo que le permiten diferenciar sus obras, los términos de útil o inútil son deducibles de la misma manera. Digamos que todas las obras son útiles, esto es que en todas las obras la potencia en acto esta presente. Si posibilita a mayor potencia son más útiles y si la

reducen son menos útiles pero no inútiles. Esta diferencia sería más de grados que de esencias. Y ya establecido que la relatividad de los términos es sólo consecuencia de la variabilidad pasaré a concretar lo que nombro como obras de arte, no sin antes decir que en ningún momento he tenido la intención de que este manuscrito tenga un carácter de definitorio y que algunas consideraciones queden sólo enunciadas.

De la diversidad de obras humanas existen lo que socialmente llamamos obras de arte. Digo socialmente ya que todas las diferenciaciones de nuestra potencia en acto surge de las determinaciones conexiones que realizamos al conjuntarnos a partir de la similitud de nuestras manifestaciones intrínsecas. Las sociedades humanas como potencia en acto del hombre, son también obras que dirigen a las manifestaciones individuales a su mayor riqueza posible. Y por la diversidad en la unidad, las potencias en acto de varios individuos son divergentes igualmente. Y las determinaciones que realizan las sociedades de individuos, dentro de su potencia en acto, obran en el lenguaje como conexión de los diversos momentos del ser, como individuo y como colectividad. Así el lenguaje como obra, se dirige a potencializar al ser con las características de relatividad en lo absoluto. Por ello los conceptos creados por el lenguaje tienen una concreción como individuos, como momentos del ser, abiertos a una riqueza ilimitada. Pero su carácter de momento es lo que posibilita las conexiones y acuerdos sobre las significaciones llevadas a cabo por el lenguaje. De esto se desprende que la creación humana como obra es en sí un lenguaje. Lenguaje por el cual se nos manifiesta la potencia en acto. Ahora bien, la riqueza de un lenguaje como momento del ser, es lo que diferencia a una obra de otra. Y a esa riqueza que contiene el acto de la duración, es a la que se dirige el lenguaje en su naturaleza intrínseca de obra. El enunciado obra de arte forma parte del lenguaje oral que se manifiesta en la escritura por una serie de analogías individuales, esto es consenso de experiencias análogas, y le concede características específicas de unidad siempre abierta al conjunto. Así la obra de arte es un lenguaje como también es la potencia en acto del ser humano. Sus

características intrínsecas que lo integran como individuo abierto son las que enunciaré a continuación.

El hombre determinado por su carácter intrínseco ha encontrado que en cierta potencia en acto lleva al cabo una de las formas más adecuadas de acercarse a la Totalidad. Esta actividad es el arte. El arte es la capacidad de la potencia en acto del ser humano que por Voluntad intuición llega a manifestar la no existencia con los datos de la existencia. ¿Cómo es posible esto? El hombre al llevar la potencia en acto por Voluntad intuición, crea conciencia de su capacidad creadora ya manifiesta y al mismo tiempo, esa misma conciencia le permite intuir que sus determinaciones posibilitan a los momentos del ser creado a facultarlo en dirección a la Totalidad. De esta forma el hombre crea obras que expresan no sólo sus determinaciones, sino que expresan su capacidad de hacer creando un lenguaje rico en posibilidades de significado. Por ello el hombre toma al ser y le imprime su potencia en acto. Esta impresión de su potencia es revelación de sí mismo, y cuando esta revelación también le permite la conciencia del ser que transporta ese acto es el momento en que nace el Arte. Y aún de que en todas las creaciones humanas encontremos estas características, en el arte existen en grados de mayor riqueza. Esta riqueza ha sido expresada como belleza, como verdad o como ciencia intuitiva. Y es todo ello gracias a su apertura en relación a su variación. La belleza sería entonces la forma en que la voluntad es capaz de imprimirle al ser creado la potencia de descubrirse a través de ella sin que ello lo reduzca. El ser creado sigue siendo el ser creado y más, es más para el hombre, y quizás sólo para él es así, pero no teniendo otro parámetro que su misma naturaleza de ser, este más es en realidad más, no en grado superior, sino en cualidad de riqueza. Así entre mayor sea la individualización del ser creado al que se le imprime la Voluntad intuición del ser creador humano, la obra será más bella.

Como verdad, el arte es la revelación de la conciencia del ser. Aquí la verdad no se entiende como relación adecuada entre el pensamiento y el objeto al que se dirige. No; la verdad aquí es la posibilidad de revelación de la potencia

en acto. Sería esto decir que, por lo ya mencionado arriba, que a mayor belleza mayor verdad. Pero como la verdad se ha tomado como esencia, no hay grados de ella. O es verdad o no lo es. Pero si todas las creaciones humanas son ya manifestación de su potencia en acto, la no verdad es también, como parte de la creación humana, verdadera. La relatividad científica ha llegado a una conclusión similar. El conocimiento de la naturaleza a través de leyes de manifestación crean un concepto amplio de la verdad, hasta llegar a concluir que las fantasías, esto es, la realidad no comprobable por los métodos racionales determinados, son posibilidades del hacer por un adecuado conocimiento de los medios de transformación y ejecución. Así la verdad ha perdido su carácter de vínculo certero y adecuado entre el pensamiento, entre el sujeto, y el objeto. De ello se deriva que todas las posibilidades de manifestación de la Creación son verdaderas, aún la no existencia. La verdad así ya no sirve para establecer la jerarquía a un pensamiento sobre otro. La verdad abierta entonces sólo tiene un lugar en estas proposiciones como conciencia del ser humano y de su capacidad de potencia en acto. La verdad despojada así de su carácter moralizante y reduccionista, permite a la conciencia moverse más libre para la adecuación de su potencia. Por lo que el arte pone en su realización la verdad como forma intrínseca de la manifestación de la Creación.

Pero ya que se ha mencionado que todas las manifestaciones de la Creación conllevan sus características, debo hacer la aclaración que en las creaciones del hombre la Voluntad intuición debe existir en un ejercicio inflexible de ellas para poder potencializar su acto de ser. Este ejercicio se establece como una lucha permanente. Primero es lucha porque en su carácter de ser creador, al ser creado, que ya es verdadero en sí, esta lucha le permite crear conciencia de sí mismo en el acto de luchar. La lucha se establece como la capacidad de hacer de las determinaciones, conexiones del ser creador con la Creación y con los momentos del ser creado. Una lucha inflexible ya que de por sí la existencia se dirige a la no existencia y la lucha del ser creador es para mantenerse en duración y corporeidad el tiempo suficiente para crearse a sí mismo. En el hombre esto no es ya sólo su dirección primordial; para él es también durar el sufi-

ciente tiempo para que su conciencia se acerque por voluntad a la Totalidad. Pero esto también requiere de una lucha para no reducir la potencia en acto. La existencia del hombre se dirige permanentemente a su no existencia y debe luchar por mantenerse en su existencia a pesar de ello.

Es la lucha de la conciencia por obtener su totalidad sin reducirse a ella. Es la lucha de no buscar la muerte, siempre nuestra, sino de saber de ella. Saber su potencia de acto en nuestra intimidad sin vencerse al impulso que, es sabido de todos nosotros, acabará por vencer. Este mismo carácter de lucha con los momentos del ser, es la que realiza el artista para mantener y potencializar su acto, su hacer.

La lucha del conocimiento a través del arte ha sido una de las luchas más ricas en posibilidad a través de la historia humana. Batalla del ser creador humano por asir su existencia y no existencia por medio de las manifestaciones de la Creación. Por su obra, por su acto de ser, la revelación de la Totalidad se concreta en la obra de arte. ¿Es ésta la única posibilidad? No, en realidad no. La ciencia, la religión, la filosofía han sido otras variantes del acto del ser humano. Sólo que aquí me interesa la elección de mi voluntad de intuición por el arte sin querer darle un carácter definitorio. Es sólo una cuestión de elección tomando en cuenta mis características intrínsecas y esta elección se abre a aquellos que, también por sus características intrínsecas, su elección sea análoga a la mía.

La Pintura.

“El buen pintor:
tolteca(artista) de la tinta negra y roja,
creador de cosas con el agua negra...
El buen pintor: entendido,
Dios en su corazón
que diviniza con su corazón a las cosas,
dialoga con su propio corazón.
Conoce los colores, los aplica, sombrea.
Dibuja los pies, las caras,
Traza las sombras, logra un perfecto acabado.
Como si fuera un tolteca,
pinta los colores de todas las flores.”

Anónimo nahuatl.

Ante la vastedad de la Creación, ante la indefinición de verdades y metas de la existencia, ante la imposibilidad y la amargura, sólo pintar los colores de todas las flores ha sido la elección de mi corazón.

Me presento ante las cosas, ante los seres si más intención que la de revelar el misterio permanente del todo. Delante hay una serie de colores, de materia, de existencia que me ofrece el deleite de atravesar mis propias intenciones de la forma más elocuente para mí. Es retomar la materia que me forma y arrancarle su canto eterno. Así es como la materia se crea a sí misma. Y esta afirmación me abruma casi en forma definitiva. Pero en estas manos hay algo familiar con los colores que parecen dialogar a pesar de esa angustia de no saber. Pero sabemos, mis manos y yo, que ese acto, el de revelarse a sí mismo sin más que el ser, nos ofrece el misterio de la Creación. Y este ofrecimiento es voz propia, no de Yo, sino de la inmensidad que forma en una unidad maravillosas al hombre, a mí. Yo es el carro donde toma asiento la vida, donde la Creación se crea así misma, en el juego loco de la conciencia. Y ese Yo, ese

carro se conduce a su abismo presente. Pero esa conjunción de seres,-fortuna y gracia sin sentido- ese yo puede extasiarse de sí mismo, no como sujeto, sino como sujetos y objetos unificados.

Aquí estoy, otra vez, ante una materia dócil y un soporte abierto al infinito, que es tan familiar a lo que intuyo que soy, que la angustia de no saberse se abre todavía más en la inmensidad. Y ya casi esta angustia infinita abate a mi ser que se dirige al absoluto sin consideraciones, ni siquiera a la angustia que forma. Y entonces, ella misma se revela en instantes como la única posibilidad de conocerla, y al conocerla, esa angustia conduce a la potencia del acto de ser Yo a la revelación. Se ha revelado la Creación a si misma para seguir abriendo la infinidad. La revelación permite al ser humano, a mí, a dirigirme a la libertad. Y sólo por la libertad, la angustia ofrece un camino maravilloso. La libertad no es el simple hecho de elegir esto o aquello por su fin último. La libertad es conciencia del ser determinado que opta por una dirección no por su fin, que lo lleva ya en sí, sino por la posibilidad de que en esa dirección la Totalidad no lo reduzca a un ser sin potencia, muy al contrario, esa dirección le permite la conciencia de sus actos, de su conjunción como ser individual, su capacidad de obrar, su saber.

La libertad conduce al hombre, como individuo, a apoderarse de la revelación como camino único en posibilidades. La libertad es el actuar de mi Voluntad intuición, y es ésta la que arranca de la reducción a todos los seres que me conforman. La Creación ofrece las señales para que la Voluntad se encamine hacia ellas. Pero si como ciegos, las señales son más un estorbo que una gracia, la Creación es muda e inexpressiva, y con ella, nosotros somos tan solo algo incomprendible.

Pero lo incomprendible no es cualidad negativa. No es pecado. El pecado es, en todo caso, el reducirse a tal grado que la más imponente de las señales de la Creación sea un puro juego de los Dioses. La creación ante nosotros los humanos habla. Dialogemos con ella, ya que nosotros somos los hablantes de la Creación. Dialogemos, pero antes de empezar, detengámonos un momento para

recapacitar en lo que diremos. Recordemos que el diálogo es con la Totalidad. Ante ella, lo dicho lo contiene. ¿Qué decir, que diálogo es posible? ¿Será acaso un monólogo, o un diálogo sólo entre nosotros los hablantes? No, el pintor dialoga con su corazón para revelarse a sí mismo. De su corazón extrae las palabras portentosas que ha la Creación le hablan, y ella responde, ella se revela. Acaso esas palabras sean siempre preguntas. Pero tal vez también en ese acto portentoso, la Creación se enriquezca a la vez con nuestra revelación. Sin embargo, esto no tiene importancia. Cuando la libertad ha entrado en el corazón humano, el diálogo es la única dirección posible. Diálogo con la Creación. Nuestro diálogo se ha caracterizado por la afirmación constante de nuestra existencia, como si con ello el paso a la Totalidad se detuviese, como si al construir una pequeña barca en el océano nuestra existencia se asegurara. Tratemos de oír la voz de la Creación, que también emerge de nosotros mismos, pero no defendamos algo que ni siquiera entendemos, no nos aferremos a la existencia como última finalidad.

Dialogemos con la Totalidad usando nuestra existencia como referencia, ya que sólo eso tenemos; pero sin reducirnos a ella. La no existencia siempre vence. Aunque sea de jade, o de oro, o perfecto, el mundo de los descarnados, el mundo del misterio nos aguarda.

Estoy otra vez ante un soporte abierto y ante los colores de las flores con la certeza de que el mundo del misterio me aguarda. Pero antes, he emprendido el camino que me lleve al diálogo con mi corazón. Y ¿cuál es el rumbo a seguir? Ya que la posibilidad esta en el diálogo con mi corazón, el rumbo es hacer de él una potencia en acto. Hacer gozoso el corazón por el camino de la libertad que mi voluntad señala, en este momento, es el rumbo. Rumbo a la no existencia, pero rumbo gozoso. Pero ¿la angustia y el dolor han desaparecido? No, en ningún momento. Ya que mi razón esta presente en mi potencia de acto, y por ella no entiendo mi existencia, ni la de otros, ni la razón de la revelación, etc. la angustia y el dolor están presentes. Y entonces, ¿por qué goza mi corazón mal entendido? Goza de la revelación del misterio inagotable. Y a más revelación

se dirige, a más dolor y más angustia. Pero el misterio de todo ello se sobre pasa a sí mismo. Para mí es preferible preguntar: ¿Acaso soportará mi corazón tanto gozo? Y esta respuesta, misterio al fin, me lleva a probarlo incansablemente. Y de ser así, cuando hallamos formado un diálogo con el corazón, a partir de ello, con el corazón entre la carne, imprimiremos libertad y voluntad a nuestras creaciones y con ello, nuestro corazón también será gozoso. Es esto de lo que habla el poeta cuando se refiere a que el buen pintor diviniza a las cosas con su corazón.

Con el dolor y la angustia de no entender nada, se lanza libremente a extraerle la revelación a la tinta roja y negra y a dejar su corazón, su existencia en el afán de comprender. Pero lo incomprendible aparece nuevamente en todo su carácter de irreductible, más sin embargo, su corazón un poco más ligero, se alegra de esta nueva experiencia y le tiende una señal de cantos y flores delante de él, con lo que compenza su dolor y su angustia. Y si esta cualidades son recíprocas en su recompensa, el dolor y la angustia mayores es la antesala a un conocimiento enorme. Y con la certeza de saber lo que busca, el buen pintor se encamina a la realización de rostros, pies, de flores sabiendo que le escupirán, lo pisarán, lo espinarán de una forma insospechada, pero el ánimo de su libertad y voluntad lo potencian a no reducirse ante ninguno de ellos.

Y su gozo no es el de vencer a todos ellos, el gozo no es una mirada retrospectiva. El gozo esta en lo que le asalta en ese momento dentro de su rumbo. Sus victorias lo han formado en su anhelo, pero aún de que su voluntad y libertad lo han conducido hasta este sitio, no sabe nada aún. Y conocer ha sido el impulso que lo proyecta hacia una potencialización más rica cada vez. Mas sin embargo, este sólo impulso no le es suficiente. Su corazón esta ávido de gozo y su ser de conocimiento. Pero la lucha es constante, tan constante que el corazón del hombre busca afanosamente protegerse y por ello, los dioses le ofrecen el resguardo merecido, pero momentáneo. Pero este resguardo permite en su corazón un gozo más abierto, más maravilloso. Dios en el corazón del hombre se ha liberado de la dura lucha entre la angustia y la dicha, ha sobrepasado las

determinaciones de la creación y es uno con ella. Dios sin embargo mantiene algo semejante a nosotros: su corazón lleno en plenitud de gozo permanente. De tal forma que el buen pintor, por su corazón, diviniza a las cosas, les extrae su revelación de Creación y en ellas deja parte de él aligerando su peso de confusiones. El corazón así no se reduce, sino se afirma como voluntad y liberación. Pero tampoco sus confusiones se quedan en la obra que deja. La obra es el vehículo que lo lleva en su rumbo, así es que en ella no se encuentran sus confusiones. Estas se disipan en la potencia del acto y la fortalecen en su cambio de actitud. En la obra podemos ver la angustia y el dolor y también en el gozo por medio del acto de ejercer la voluntad liberadora sobre los objetos que conforman la obra, sin menoscabo y sin reducción de ellos. Es el diálogo con el corazón lo que permite esto. Así conocemos la angustia, el dolor y el gozo por medio del diálogo con otros corazones que enriquecen al nuestro. Y es riqueza ya que no sólo por las expresiones de los dioses se enriquece, sino también por el conocimiento de otros corazones. Pero ¿a que me refería con lo de “resguardo divino momentáneo? Aún de que el hombre ha divinizado a las cosas y su corazón es más fuerte, la región del misterio se nos enfrenta una vez más para declarar su espera paciente. Es en donde se declara la duda: ¿Acaso es tu casa el lugar de los descarnados? ¿O sólo aquí vivimos? Pero ya la fe se ha manifestado en la voluntad liberadora y eso da gozo al corazón. Y ello es lo que cuenta ante todo. Que la región del misterio nos aguarde, no es motivo de que el corazón, libre y voluntario, no se colme de gozo ante el misterio de la Creación y se recree pintando los colores de todas las flores.

La Creación que le permite al hombre divinizar las cosas, llevar cascabeles y plumas, cantar con flores habladas es motivo ya de su existencia. Pero su naturaleza de conocer le orilla a la angustia y al dolor. Pero ¿qué son estos sentimientos ante la voluntad libre de elegir estos caminos que las lleven a la conciencia de su totalidad? O mejor dicho, ¿qué es la angustia y el dolor ante el gozo del corazón que así ama plenamente su determinación? El amor, como voluntad liberadora, como conciencia de su capacidad creadora, emerge como

revelación de la Creación.

¿Creación amorosa? Si la Creación es o no es amorosa es un problema ontológico que al menos aquí no me interesa exponer, no por que sea un tema estéril, muy al contrario. Pero ante la posibilidad de que el corazón del hombre se potencialice en su manifestación de ser por el amor, a mi, pintor de 28 años. me es más atractiva.

Así esta voluntad de diálogo es amorosa, y entre más inflexible, el dolor y la angustia serán menos amenazantes.

Pintemos los colores de todas las flores, los rostros, los pies, con el corazón divinizado y hablante, con el corazón humano.

Otra vez estoy ante el lienzo y los colores sin saber nada.

Pero la pintura existe a pesar de mi potencia de ser creador humano.

"Flores con ansia mi corazón desea,
sufro con el canto, y sólo ensayo cantos en la tierra,
yo, Cuacuauhtzin :

¡Quiero flores que duren en mis manos!

¿Yo donde tomaré hermosas flores, hermosos cantos?

Yo solo me atormento, yo Cuacuauhtzin.

¿Podreis gozar acaso, podran tener placer nuestros amigos?

¿Yo donde tomaré hermosas flores, hermosos cantos?

Cuacuauhtzin

Carne por Principio.

I

Aquí, con mi carne por principio, mirando adentro, hacia el mismo lado que tenemos, espero.

Un fuerte jalón en el sudor, en el corazón una abertura,
y tal vez solamente enciendas el brillo tirado al azar por la más ebria de todas estas botellas alargadas.

Sólo un leve brillo, gran espasmo, cruento vómito sangrante.
Pero ahora, pero hoy me establezco en esta torpe sequedad del horizonte.

En este ir y venir de lo inútil.

Sólo lo oscuro palpita. Y este corazón pozo ruge de vacío.

Y sabe que por ningún motivo olvidamos decirnos los buenos días a nosotros mismos. Buenos días, respondo con amargura amanecida.

El sueño continúa después de la vigilia.

Buenos días, aclaro en mi voz la audacia de alcanzar el sopor caliente de la almohada.

Y en sí el saludo no dirige la mirada al otro,
que completa la imaginaria
escena trágica;

antes de ver el claro designio
de la vida,
nos arrancamos los ojos
con dos pestañas marchitas.

El claro designio del adúltero
y lo trágico del sueño irredimible.

Sueño que alcanza la corona de espinas
que hiere la frente anónima
y al orden progresivo y distribuido

del agente de seguros.

Lontananza acaecida en dos pequeñas
esferas húmedas
que agitan el aire con espigas amarillas
y doradas.

Desvanecerse y juntar las piernas.

Y lastimarnos con el primer pétalo
caído primero,

de la prima rosa que encontremos.

Sueño que palpita sin sentido,

que alcanzamos con decisión agotada de antemano.

Y de antecabeza y antecorazón

seguimos perseguidos por un oráculo orgulloso

de ser el primero en darnos las buenas noches.

Parece un designio insondable,
rígido hierro bélico delgado.

Flotamos dando grandes bocanadas,
náufragos ataviados de fiesta de noche,

y con la sal ardemos,

ebrios parlanchines que seducen

a la Madre Superiora.

Así, como barcas flacas,

nos reunimos todos en un punto,

aglomerados en un océano inmarcesible y opulento.

Grandes brillos de sal saltan,

con el ámbar de Mileto de sortija,

y una sandalia descalza y judía que revuelca la cima de la estulticia

y la alegría,
del llanto simplón y la tragedia,
del gran afrodisiaco a la lengua recta.

“Sal de los caminos”,
pétreo solución antigua.

Acompañas en los huesos a las estiradas piernas de los monumentos.

Al declive de las lágrimas,
junto al ahorcado treintañero delator.

¿Acaso no fue tu borde definido
lo que alcanzó la exacta caída
de la luz?

¿No por esa encrucijada
colorística me designan
siete pecados?

Alta e iluminada cumbre,
vacía en su ilusión.

Seductora con sabor insano.
Seductora, sí, con manzana en mano.
Seductora en sí,

ráfaga manoteadora rosada.

Alguien con los ojos entrecerrados
la ha soñado.

Algunos con las manos
agrietadas de valores la emputecen.

Todos vestimos la fase exacta
en el convivio.

Y un precio de migajas
endulzan esta jornada.
Hasta la sal,
granito inconmensurable del azar,
se entierra en iniciales
como Carlos o tierra,
Mujer o color,
como estos pares establecidos
en esta tragada dualidad,
que hace frío o naranja,
del firmamento polvo cernido pisoteado.
¿De donde salió, entonces,
lo de un sólo Dios?
¿Y los gametos de lo que soy
parte y todo?
¿Y la división exacta de las horas,
y la palabra mortuoria
dicha en vida?
Un sólo Dios aparecido:
Una fuerte risotada
y una desdicha
en mis dos hemisferios cerebrales
me rodean.

En el cerco que reduce lo propio,
orquídeas transmisoras de cabellos,
aparecen los símbolos en pares mancos.
Cantan en uno y otro.

Se forma complaciente de pocos,
este extenso lago que reduce sus orillas,
que un torbellino solitario
tiñe de adentro mis pestañas.
Sin embargo, con un tajo inobjetable
desaparezco en millones de mitades
hábilmente conectadas
en ese "Sólo"
que me persigue
con tres travesaños
instalados en la cima.
Esa historia no la contaron dos.
El sueño vespertino no forma
el diálogo que en mi mano
decide seguir escribiendo.
Nada se puede esperar,
pero al menos dos cosas no suceden.
Todavía me recorre el sol cada noche.
Aún determino el sacrificio próximo
por el sacrificio presente.
Aún mis dos puños me avientan
a la extraña bienvenida
después del viaje.
Un sólo Dios sacrificado
y dos maderos.
Y una mujer y un hombre
sin orden preestablecido.
Y esta muerte que respiro
dentro de mi ambiente pedagógico
sigue armando la sorna

sobre mí
cada dos segundos exactos.

Y al margen de este reloj
frío de su función precisa
se realiza en carne y yerba
el sueño del madero puntiagudo y parado.
Y de este sueño del que despertamos
cada vez que el pez rodea
sus escamas luminosas,
se alza la inconmensurable vista del mar
y de cada una de las hojas
que no he visto caer nunca.
Atrapado ciertamente dentro de un instante sordo,
revuelco tesoneramente,
una y otra vez
todo el pasado que agrieta la comisura del ojo,
el madero alto
y el clavo absoluto que desencajó
la carne abatida.

Una punta sigilosa entra.
El metal desnudo
abre un cúmulo de páginas
y altas cúpulas.
En la piedra, pedazos en las uñas

apartan seriamente
la luz que desintegra la opulencia.
Y la sombra densa
de una herramienta corregida
dobla el día y la fortuna.
Una extraña nave alcanza
el misterio nocturno luminoso.
La herramienta vuela al fondo.
El rastro de los signos
se aferra a la esperanza.
Y un corazón ambiguo late cada día.
Sobre los ojos pende el sueño.
Sobre la boca
una garganta ahoga el grito.

II

En el desierto
en la impuesta blancura,
en el límite infinito
se ancla el ojo transparente.
La mano le sigue
con el corazón entre la carne.
La mano recorta,
la mano se simula, tienta.
Se hunde.
La mano con todo y sus treinta dedos
no aprieta.
Da forma.

Por estallar,
estalla en una luz sencilla;
por claro
aclara
el reflejo dulce y dorado.
Y los ojos se trasladan
a una fugaz mentira,
a una irritable fuerza pura.
Lo que ha estallado
se consume en el horizonte
pardo.
Que el ciclo venidero
termina nuevamente
en la tene luz dorada,
en un claro día
inventado acaso
bajo una hoja
y un ojo oscurecido.

Con el largo trazo,
espejo recortado,
amenaza el tejido
armado en la indiferencia
de ser prisión,
en el ajeno que despierta
con un millón de nudos
suelos y desprendidos.
La tierra vive en él.
Mi mano se posa
en su indolencia
y persigo su delirante orden.
Las uñas deben hablar en lo claro.
Y uno pelos acarician
lo pálido y uniforme.
¡Ay, si tan sólo cantara
un instante el blanco.
Si tan sólo
esta mano temblorosa
no gritara,
afuera se posaría
el sol en sus entrañas!

Con la tierra en las uñas
comienzo.

Con la verdad metida en los cabellos
que cambian dócilmente con el peine
abrazo una débil búsqueda.

Allí yace el mundo
y la terrible fuerza del caracol,
y la asfixiante y pálida luz del horizonte.

En la mañana cerrada
con sus cuatro lados abiertos
como senos femeninos
tiene lugar el ser.

El ser tierra para mis uñas
y el ser verdad anudada en el peine blanco.

Partir por el fuego.
Fortificado y olorosa calentura.
amarilla en el vómito.
Cerrada fuerza de la luz.

Partir por la llama
llamada profusamente.
Azul en el vértigo
desprendido largo horizonte.

Por la noche, en mi mano
la torre alta en el faro
anuncia lo no ocurrido.

En los cuatro lados,
la lengua un poco recta
va cantando el rojo quemado.

Este verde que quiero
no es el verde de Lorca.
No es esa vida enfurecida,
una vagina que explota
en el barandal
una cicatriz en el cabello,
una angustia,
una espera.

No, mi verde es más fálico.
Es la nube que levanta la llama,
es la razón enrarecida.
Por eso tiente suavemente,
recoge la luz, se apropia.
Porque mi pene
se dobla hacia adentro
en la penetración.
Verde que te quiero
verte.

La tinta que escurre
me habla de la falaz
solemnidad con que recojo
lo transparente de mi mano
y la dura indiferencia de mis ojos.

Por una sólo voz en gotas
por una leve mueca,
torcida en el reflejo,
daría estos brazos rectos
o la falsa suela de mi pie
descalzo,
desafortunado tiento solitario.

Por una voz
sin palabras,
sin esta pretendida
poesía,
arrebataadas de esas manchas
mudas,
hábitos insurrectos y pueriles.
Para sacar goterones de sangre,
trémula lengua del corazón,
ridículamente me contraigo
en la obsesión de oír
ver

y en el abandono de mis intenciones
que arrebatan la prudencia.
Y por este sentido del hueso
se inca mi esperanza:
¡Que no se fatigue
esta inocencia clara!

Descripción

Apareces, recta sin mengua,
a través del día
y la mañana limitada.
Hay algo de cielo
como sobre nosotros,
detrás de la nada.
Y también hay sombras.
Y la negrura alada sin cuerpo
que nos cae en un instante,
que arrebata al corazón
su caliente armadura.

La larga centella del cometa
divide el mar
en un sueño de cielo
y una habitada fiesta de sombra.

Ahora te separas del metal
e imprimes tu voz
apagada
entre el arriba
y abajo que cuelga verticalmente.
Por el grueso cristal
de mi morada,
el ojo, hoja blanda,
llena la abertura
el candado amarillo
y la anunciación de la nada.

Ahora la mano afuera
revolvada en el mineral,
con sus tres picos de lagarto
y la flora desecha en vértices
y la manzana opaca y cenicienta
y el sudor calizo de la piedra
y el manantial de sol y sombra
tornaron la luz en polvo ausente.

Esa ira cala sobre mí,
y la resistencia se dobla bajo la insinuación
de una caricia
que deja caer una red diagonal,
una atrapada libertad,
amarga cerradura abierta.

Hacia arriba,
hacia afuera vuelan
un par de ojos atados
a la tierra,
al vegetal trashumante,
rico en el estiércol pleno.
Hacia afuera empieza.
Los recortes prodigiosos
en la altura siguen.

Pasas la hora del Angelus,
entras por dentro,
alado peso natural
y luz henchida

de los siete colores
únicas formas aleatorias,
singulares en sus cumbres
destierro de mi razón.
¡Hacia adentro los espero!

La punta se ha undido en sí.
Ausente de carne
el corazón le estalla en blancas
rosas puntiagudas.
Le llaman el metal
y la rugosa fibra del madero.
Son sonoras las gotas
de sangre disonante
que contestan trémulas
al hierro negro de la cima.

Son secas las pupilas
abiertas a la noche,
eclipsadas por otro sol
de naturaleza semejante
a la del coral marino,
a la sal que brota
de los surcos aparentes
de lo vertical del cuerpo
del cuadrado.

Allá arriba
instalados en la cima,
tus manos sujetas
se sumergen en la tierra.
Lo blanco de la sal
y la negrura aferrada al hierro
levantan el vuelo
junto a la desencajada carne
fruto de la misericordia
cromática y pictórica.

Gota de solución pétrea
inmarcesible.
Aguja cristalina y aparente.
Revienta la hendidura larga,
las fibras presente de lo que fueron,
rosa verde arraigada
sin más alegoría
que lo preciso del
álgebra que te rodea.

Una inmolación directa
en tus puntos te refiere.

En ti esta lengua
gusta de hablarte.
En ti la concentración
de este desvelo colorístico
aguarda la escena desnuda
que corona blanca
la raíz que me sostiene.
En ti el musulmán y el romano
se distinguen.
En ti el desasosiego
se entrega profuso
con aristas verticales,
grandes almenas de tierra,
cielo escondido por razón.
En ti espero.
Alarga tus destellos
de puntiagudos órdenes.

Alarga tu mano
y toca el corazón
abandonado en el cetro
opulento y deshabitado.
Alarga tu mano
que cerniré tu espesa fibra,
que rodearé, con tu reja cristalina,
mis ojos abiertos a la sombra.
Dilata tu fría mano
hasta alcanzar la luz
que nos soporta.
Alárgala en mi desvarío,
núcleo de la piedra,
y recoge las palabras
que te nombran.

La planta del pie
desfigura la lengua trémula,
la lengua larga de gotas
que mi sudor no alcanza
a entender,
y que rodea las alforjas
pendidas del estómago,
desechas en este
alumbramiento que bebo
seriamente en la forma
más paradójica
por la que mi mano levanta
alta la copa.
La tierra en sus entrañas lleva.
Su forma dócil,
apariencia fervorosa,
no le es ajena a la vísera que la proyecta.

Tu trémulo estado en el vaso se me parece,
y el temblor de mi mano
se fatiga en su conjunción.
Eres lo bebido de la tierra,
y la cruda redención,
en la algarabía de mi ignorancia
te detiene.
Nada, sólo lo transparente
y cristalino te posee.
Tan sólo el vacío
cuenco de la forma
realiza el ardor

de tu lánguido cuerpo.
Apenas te detienes en mi boca.
Fulgurante, en un momento
alumbra por dentro mis ojos.
Y en el siguiente paso,
el honroso cáliz
desploma este cuerpo
lleno de embriagados hábitos.
¡Salud!

Asomados, dos puntos
de geometría imprecisa.
calientes y húmedos
los bordes blandos se cierran hacia sí,
y el ruido rasguña
con lo seco de cada
pequeño destello de sueño
y los laboriosos procesos
de unión,
de la reunión del álgido prisma
de la forma que se dobla
lentamente
y la rama seca que ayuna
y sigue tortuosa el acento
del abismo de sombras y centro.
Es el camino que mi mano toma.
Es la espesa reunión de pasado.
Aparte de abrirse,
de sujetarse a las blandas
formas de las gotas,
trazan larga la recta
que reduce a un puro
y dulce sueño matutino
la algarabía de la luz.
Lo transparente lo contienen.
Par de gelatinosas copas
donde el acuoso cáliz
ofrece lo desnudo de los huesos
y la cremallera que no ha de cerrar nunca
el pasmado viento que habitamos.

**A ellos les rindo
la habladuría de mi frágil mano,
y son ellos los que me hieren
llorando.**

Cualquiera de los semejantes
podría fatigarse en la intención,
ya de por sí pródiga,
de ofrecerme duramente
una larga serie de augurios
y formas más elocuentes
de lo que en sí
la esfera pesa por ausente.
Esta ausencia levita interminable,
y una conexión medular
aumenta el vaivén
del ácido contorno que afuera
parece remitirse a la espesa
fibra vertical que nos sostiene.
Así ya contaron los días
otros hombres.
Así, por esos días
la tierra habla y escribe,
se anuda en largas horas
bebidas en los techos deshabitados
y en la tumultuosa mañana
que deriva en un ligero
y pertinaz balbuceo de tiempo
cuando se afirma lo que transcurre.
¿Quién habrá de erguir
la potente forma dócil
que no mengüe la prudencia?
¿De cual corazón
se exprimirá la gota caliente
que junto a todos estos sueños?

Son dos, nuevamente dos,
los días que nos quedan.
Son dos las láminas que
me proyectan sordamente.
Lo que reemplazó la mano
la lengua y los ojos lo recogen.
Lo que deja el olvido
empieza a cavar un laborioso
sepulcro silencioso.
Y también serán dos
las frías manos que lo cierran.

La vida la he comenzado en ti.
Antes de soñarte
habitabas los largos destellos
que envolvían el cuerpo
que ocupaba
y que ahora te rehuye
y te sigue
en la prodigiosa sombra
que también es tuya,
y es mía.
Te he detenido fuerte,
no con las manos que sujetan,
sino con mis ojos
que nunca se apropian
ni se dicen dueños,
porque el sueño lo forman
y lo habitan.
Sólo lo caliente nos distingue.
Aquí, yo permanezco torpemente,
pero los deambulantes pasos
te sostienen.
Tú eres la potencia de la luz.
Yo te espero como
la potencia de la sombra
y ninguno le dolerá
a un tercero.
Por eso mi mano te protege,
porque mis uñas son
capaces de reflejarte
incesantemente.
Eres lo lejano en el orgullo.
Para mí empiezas a ser mi hermano.

Decididamente habito un bosque
de vastas llanuras guturales
y un amasijo de hilos
que penden de mi boca
y una dura intención
de reflejarme en un
cantado espejo blanco.
La mano produce el augurio.
Los azules y amarillos
suenan lejanos.
Y el estómago proyecta
un espasmo abecedario
que sólo toca
las formas que se nombran.
A ti te reconozco
en la misma algarabía,
en el torrente que bate
las frías plantas de mis pies
llevando la dulzura hasta la sábana.
Aquí dejo la parte de hombre que contengo.
Y esto propio, sólo sonido,
amanecerá caliente a tu lado.
Calla, silénciate tres días.
Confúndete en el violeta
horizontal abierto entre lo verde.
La sola columna que levanta
es suficiente.
Ni el eco derramado
te sostiene
ni el perseguido grito

obtiene
la transparencia que surge
de pensarte.
Mi corazón se explica
en tu costado,
y toda intención de hablarte,
bosque vasto,
es en vano.

Permanezco en la altura
más baja,
en las que tus cabellos
recogen lo concéntrico de las
caracolas
y las potentes almenas
que bates crudamente
para formar un salado vómito
de un verde consistente
y una profunda y larga espuma.
Y aunque horizontal permaneces,
cada una de las estelas opacas
ofrece el eco trágico
`del signo abismal y hondo
en que habitas.
¡Ah estruendoso círculo
de imán líquido tornasolado!
Tu incansable búsqueda
abre mi corazón a la sombra
dedicada al espacio de la muerte,
al espacio invertebrado de las algas
maravillosamente azuladas por la sal,
y la profunda conciencia
que explota rabiosamente
salivando un caldo espeso,
abriéndose paso a paso
el retorno oportuno de la ola.
En realidad,
me importa una almeja
si eres el origen de mi vida.

Una cascada de metales
y cuerdas
interpongo entre tu cuerpo
y el mío,
para no confiarte el abandono
y no entregarte mis ojos húmedos
y la última parte de aire y viento
que no contienen.

Tres sonetos por el viento.

Cuando los ojos te encuentran
(una lámpara derrama el aceite)
el ímpetu de tu cimiente
arrastra el oriente al occidente.

A cada instante inflamas
la vísera rugosa y extendida
la potente sonda esponjosa
que reparte la arena y la sal igualmente.

Mis uñas no dejan rastro,
imperceptibles las puntas aparecen
con tu abrazo sólido soplado.

Vivo en tu constante abertura,
mi cuerpo te parte suavemente
y mi caricia deshace tu rostro.

Mi mano se posa en tu vientre alto.
Lo abismal se conjuga en tu regazo.
Agrandas por dentro la suave llama.
Aspiras siempre el último tabaco.

A ti el sonido grave te habla.
Lo inmóvil abre tu ausencia
y todo ese azul alado
aguarda pacientemente mi respiro.

Todas las ramas te pertenecen.
Un gorrión te salta ferózzmente
y la pluma sólo escribe tu nombre.

Y al final las almohadas también se mecen
cuando el caliente aliento se desprende
de mi doble cuerpo de ave y hombre.

Eres el carro que arrebata mi palabra,
y te has hinchado los bolsillos con los nombres.
Date cuenta que el latido
en tu corazón es sólo aliento.

Alégrate frágil hermano..
Todo el polvo que llevo dentro,
la ruina que me ha esperado,
no la dejarás en un sitio ni un momento.

Has secado la húmeda saliva.
La forma corregida la desprecias
y esta mano te sostiene por el hueco.

Un becerro bala entre sus rejas.
Tú sólo conduces su alarido.
¡Anda! Mejor llévate todo mi corazón entre tus cejas.

Sin más aliento que el propio
aliento de muerte,
fábrica de ociosa melancolía
parte de carne y metal,
de alado destello
destierro y alivio
con el perdón de la
gota encendida,
con la parte baja del pie
redondo
pleno en hiel,
perfume suave
del orín del becerro
detrás de la reja,
trapié en el deseo de abandono,
proclama en la altura
en la forma dolorosa
vertical como el cuadrado,
vacío en su ilusión
verdugo de loza llana,
aparente siglo que transcurre
y tiempo que empieza.
Allí donde aguarda la leña
y el martillo vivo
de acero preñado de muerte,
de aliento propio.
Allí donde la cerradura brota
en espacios cortos
en ecos azules
aparentes de tragedia

mintiendo seguramente,
fatigados de la burla
puesta dócilmente
por esta mano
que se pierde junto
con los ojos que la siguen.
Entra pues,
“putilla del rubor helado”.
Entra, que esta mano
te sigue hablando.

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

III

Has llegado tumbado en el madero
con la palabra verbalizada,
con la palabra y la carne
trenzadas en el martirio.
Sacrificio de sí mismo ante
la pobre redención sangrada.
Y esta es tu sangre,
sangre de la nueva alianza
que derramarás para mantener
húmeda la gota encendida
armada en el hierro puntiagudo,
en este enlace que sufro cíclicamente,
que arma los gnósticos y la teología.
Húmedos son los estucos ante la
piedra viva y caliente.
La sangre ha sido su
alimento, piedra combustible,
piedra porosa y sedienta.
La sangre en el vino,
la sangre en el pulque,
en el agua cristalina, en el estanque
turbio y mediterráneo.
La sangre que obtiene en el sol
su armadura caliente y obstinada.
Por ella has cruzado
la tremenda tempestad de los conformes,
buscando siempre la frente jugosa,
la esponja doliente que entrega
una a una, la gota de vida que sostiene.
Y aquí, por el hierro irredimible,

has impuesto tu estandarte.
¡Ha llegado el sino previsto!
Un mundo de sangre, sangre de redención y pecado,
sangre en cáliz ofrecido
con sacrificio colmado de ojos y lágrimas
aparta al mundo de sangre florida,
de sangre animal guerrera,
de sangre de águilas y tigres,
de la sangre quemada en el maíz,
y ofrece un indiferente matiz de cambio
y una nueva esperanza de muerte,
más amorosa, más piadosa,
más sangre y más sangre.
Has llegado con la espada,
Rey de los judíos,
a borrar la flecha y el hacha,
y la pluma dejó
su corte a la espina y al manto.
Has llegado cuando te esperaban.
Has entrado en la piedra,
como entraste en el madero,
y te yergues en la cima,
puntiaguda esperanza sangrante,
y hablas del abandono
del Dios nuestro indiferente
que aparta a la vista
y nubla la luz con dolor fingido.
Es esta tu tierra ahora,
la cima está en el lago;
ahora ya no es el duro polvo

o la cal y la sal la que te
arruga el ceño.
Ahora, Señor nuestro,
el agua te purifica,
el agua de fría sombra,
te ha esperado por milenios.
La muerte cabalgando viene.
La cruz entre muletas de hierro,
se sostiene pobre y delgada,
entre cascos sifilíticos
y rostros perdidos en la vastedad
de la tierra nueva,
de la tierra que les caerá encima
olvidando su ibérico pasado,
cerrándoles la boca con un terrón
de tierra caliente y bochornosa.
La tierra los ha esperado.
Este maíz de barro
se moldea en hojas de vid,
en la columna razonada
y en los rasgos de la vírgenes.
Esta tierra los sumerge en sueños
de fastuosas glorias eternas
pintadas de brillos metálicos
y una parvada de plumas exóticas.
Y allí, prendidos de los clavos
sumergidos en la cruz de la victoria,
debajo del Hidalgo Caballero,
debajo del hierro de los clavos,
el Dios dual se manifiesta.

Han llegado los nuevos Señores.
Han llegado los nuevos Dioses.
Han llegado oportunamente.
Los estaban esperando.
El cometa y los temblores
lo habían cantado.
Los corazones sangrantes en
las manos,
lo habían cantado.
Los pueblos sojuzgados levantados
lo habían cantado.
La muerte rechinaba en los
canales.
La muerte se había bajado
de la cruz.
La muerte marinera
apuntaba su astrolabio
a la piedra triangular edificada.
La muerte como bendición
ha caído sobre los mexicanos.
¡Oh Señores nuestros,
han llegado justo a tiempo!

Se han erguido, ahora, nuevos
nobles cristianos.
Y recuerdan y enseñan a los
nuevos nobles herederos,
el bautismo,
la preparación del fuego eterno,
que descenderá en un soplo
magnífico, en un espíritu,
forma maravillosa de la tierra,
santo como las vírgenes piadosas.
Y les han de hablar de los
prodigios y milagros,
de sanar enfermos atormentados,
y del amor al prójimo,
y la piedad
y la misericordia.
Y han de volver los ojos a la
muerte de la cruz,
a la muerte del madero,
de la cima,
del hierro descompuesto.
La carne no está muerta.
Éla allí.
La carne sufre doliente
forma impuesta a la muerte.
La carne fatigada
se escurre eternamente
por las manos y los pies,
escurre sin derramarse nunca.
Nunca mancha ni se seca.

La sangre olorosa
se mantiene eterna.
El martirio ya lleva
dos mil años.
Y así sigue condenado,
bendito martirio propio,
redención puritana y absoluta.
¿A qué le temes, corazón
falto de fe?
A ti se te otorga
la expiación de tus pecados,
tú morirás irremediamente.
Tú te librarás de ese martirio interminable.
Tu libertad entre tus huesos llevas.
"Sígueme y deja que los muertos
entierren a sus muertos".
Sígueme, por Dios,
al lugar del llanto divino,
allí donde la gota de tu sangre
se tornará ala brillante
que lleva el viento amarrado
entre sus hermosas plumas.
Sígueme, que la sal que llevas
entrará en la tierra olorosa,
en la amante tierra que encierra
la raíz blanda que se eleva
buscando el ala prometida.
Sígueme, lleva tu cruz
y olvida tu muerte.
Olvida el sueño engreído.

Lleva el madero que muere,
lleva el hierro torcido que muere,
y la espina que habla
directamente a tu dolida carne.
Carne que mantendrás en el
sacrificio,
carne de dolor sin mengua.
Carne de ojo abierto.
De ojo que refleja tu mirada,
que así, en su reflejo enardecido,
la lanza en el costado
levanta la columna romana
que sostiene el amor,
oh prodigio delirante
ofrecido indiferente y milagroso.
La carne entregarás
a pesar de su bella cintura.
La carne vestida
de rojo funesto,
sólo levanta un fatuo monumento
momentáneo.
La carne ya es mía.
La carne me duele
entre las fibras.
Me duele ferozmente y de ella,
la angustia de la cruz,
fibras amarradas por el
verbo profético y secreto,
opaca este transparente
continente

de rostro y corazón
medroso y principiante.
Vedlo en mí,
cuánto sufrimiento piadoso,
cuánto sacrificio sangrante,
cuánta derramada carne,
y aún de todo ello,
mi carne sufre y calla
y derrama mi muerte solitaria.

“Porque los bellos seres que transitan
por el sopor añosos de la tierra
-¡Trasgos de sangre, libres,
en la pantalla de su sueño impuro¡-
Todos se dan a un frenesí de muerte, ...”

José Gorostiza

Tengo entre mis manos
-el espacio se reparte
en diez puntos brutales-
todos los años que me ofrecen
el grosero frenesí
de un principio nuevo que
ya no es el mío.
Y es aquí donde esta boca,
húmedo sitio de muerte lenta,
masculle un dolor inválido
y un maldecido viento orgulloso.
Este continente inefable
que establece la forma
dura de mis ojos,
en su loco despertar
le angustia más el suave
o duro, según el caso, lecho
de descanso, ciego de los
“bellos seres que transitan”
de igual forma que él,
derramando su carne funesta,

y el líquido caliente
que sostiene
la enorme hechicería
del dolor y la angustia,
amorosa siempre,
de un instante colmado
de plena vida.
Es el principio el que me asalta,
es este lento despertar,
el que derrumba el sueño,
sueño en el que habito un instante,
el que llena de martirio
la poca densidad del que camina.
Es este principio,
-la cola del lagarto
metida entre sus dientes-,
principio de loza llana
el que, -¡oh terrible desesperación
de mis palabras!- ha de borrar
mi tempestad de sueños,
con otro dulce y principiante sueño,
que no contendrán mis ojos.
Ah, este loco frenesí de muerte,
ahora tiene mi corazón
metido en su carrera.
Ay, este llanto simplón,
que dirige la habladuría de mi mano,
recoge las delgadas gotas
conducidas sin sentido,
para encerrarlas en un hueco de mi hueso

y conducirías, ah pequeños
gritos de mar salado,
al espasmo instantáneo de la fibra,
raíz de menuda esencia,
que se eleva nuevamente,
en este eterno sueño que devora
ojos y hojas,
hojas y algas,
algas y rosas,
rosas y piernas,
piernas y rostros,
rostros y ojos desnudos
de las blandas gotas
que los conducen a dejar
un rastro de pobres palabras,
y a cantar el funesto sueño
que en la noche de la muerte,
bella abertura caliente,
ha erguido con sangre y corazones.
Principio de huesos pardos,
las láminas ejercen
el peso necesario
al terrón de
apizonada cal
que obliga a la tierra
a dedicarse enteramente
a recoger el aire ajeno
y las gotas de sangre y llanto
que la encienden.
Y con las fauces abiertas

de la noche,
mi corazón, piedra acrecentada
por las gotas,
sueña con fenómenos azules
y observa que en el techo,
arriba siempre de mi plácida mirada,
mi muerte espera,
inflexible voluntad preñada,
mientras mi mano
describe su principio
en el verdugo de loza llana.
Mi muerte espera,
se huele, se tienta.
Es mi muerte poeta
la que mi alma con ansia espera.

Bibliografía

- ABBAGNANO, Nicola. Diccionario de filosofía. F.C.E. Méx. 1989.
- BEUCHOT, Mauricio. Tópicos de filosofía y lenguaje. UNAM. Méx. 1991.
- BORGES, Jorge Luis. Los conjurados. Ed. Alianza. España. 1985.
- CASTANEDA, Carlos. Las enseñanzas de Don Juan. F.C.E. Méx. 1992.
Una realidad aparte. F.C.E. Méx. 1979.
Viaje a Ixtlan. F.C.E. Méx. 1986.
Relatos de poder. F.C.E. Méx. 1992.
- COMTE, Augusto. Discurso sobre el espíritu positivo. Ed. Aguilar. Buenos Aires. 1982.
- CROCE, Benedetto. La historia como hazaña de libertad. F.C.E. Méx. 1986.
- GOROZTIZA, José. Muerte sin fin y otros poemas. F.C.E. Méx. 1983.
- HEIDEGGER, Martín. Arte y poesía. F.C.E. Méx. 1985.
- JIMENEZ, Juan Ramón. Antología general. Ed. Orbis. España. 1983.
- KANT, Immanuel. Porque no es inútil una nueva crítica de la razón pura. Ed. Aguilar. Buenos Aires. 1981.
- LA BIBLIA. Ed. Paulinas y Ed verbo divino. España. 1990.
- LEON-PORTILLA, Miguel. La filosofía Náhuatl. UNAM. Méx. 1945.
Literaturas mesoamericanas. SEP. Méx. 1984.
- NERUDA, Pablo. Canto General. Ed. Orbis. España. 1985.
- ORTEGA Y GASSET, José. El espectador. Ed. Salvat. España. 1983.
La deshumanización del arte. Ed. Planeta.
Méx. 1985.
- PAZ, Octavio. CHUMACERO, Alí. poesía en movimiento. I. SEP. Méx. 1985.
- SAHAGUN, Fray Bernardino de. Historia general de las cosas de Nueva España. Ed. Porrúa. Méx. 1992.
- SAN AGUSTIN. Tratados. SEP. Méx. 1986.
- SHELLING, Friedrich. La relación de las artes figurativas con la Naturaleza. Ed Aguilar. Buenos Aires. 1980.

SPINOZA, Baruch. Ética. Tratado teológico-político. Ed. Porrúa. 1990.
WESTHEIM, Paul. Arte, religión y sociedad. F.C.E. Méx. 1987.
WHITMAN, Walt. Canto a mí mismo. UNAM. Méx. 1986.
XIRAU, Ramón. Introducción a la historia de la filosofía. UNAM. Méx. 1990.